

La conversión final del pueblo judío

El pueblo judío es, en cierto modo, el punto alrededor del cual gira la historia de la humanidad. Fue acariciado por Dios en la persona de Abraham, de quien salió; antes de Nuestro Señor, fue el pueblo sacerdotal por excelencia; dio nacimiento a la Santísima Virgen y al Salvador del mundo; y formó el núcleo de la Iglesia naciente. Todos estos privilegios hacen de la raza judía una raza excepcional, cuyos destinos son sumamente misteriosos.

Mas, por una inversión extraña y lamentable, desde el momento en que produce al Salvador del mundo, la raza elegida, bendita entre todas, merece ser reprobada, por haberse negado a reconocer en su humildad a Aquél cuyas invisibles grandezas no supo adorar. Parece que Dios haya querido mostrar con ello que la vocación al cristianismo no le debe nada ni a la carne ni a la sangre, puesto que aquellos mismos de quienes Jesucristo venía según la carne fueron excluidos de ella por su orgullo tenaz y carnal.

Su reprobación, sin embargo, ¿es definitiva? ¿Seguirán siendo siempre la presa de Satán, y quedando excluidos de la Iglesia? De ningún modo. La Sagrada Escritura nos señala un gran acontecimiento, recordado en el Introito de los domingos 23 y 24 después de Pentecostés, que nos recuerda que este pueblo, por la misericordia de Dios, se convertirá hacia el final de los tiempos. Es un vaticinio del profeta Jeremías, en el que Dios promete a su pueblo de Israel la vuelta de la cautividad de Babilonia.

«Así dice Yahveh: Al cumplírsele a Babilonia setenta años, Yo os visitaré y confirmaré sobre vosotros mi favorable promesa de volveros a este lugar; que bien me sé los pensamientos que pienso sobre vosotros, pensamientos de paz y no de desgracia, de daros un porvenir de esperanza. Me invocaréis y vendréis a rogarme, y Yo os escucharé. Me buscaréis y me encontraréis cuando me solicitéis de todo corazón; me dejaré encontrar de vosotros; devolveré vuestros cautivos, os recogeré de todas las naciones y lugares a donde os arrojé, y os haré volver al sitio de donde os hice que fueseis desterrados».

Verdad es que este texto también puede referirse a la vuelta, antes del fin de los tiempos, de esa cautividad espiritual de todos los fieles desperdigados por todo el orbe mundano, ya que la Iglesia es el verdadero Israel de Dios; pero ello no impide una aplicación más literal al pueblo judío, que se ha de convertir finalmente a la fe y a la Iglesia católica.

En orden a esta conversión, y no por otra cosa, Dios lo conserva como pueblo a través de las edades, a fin de poder convertirlo como pueblo. A este pueblo, al que fue dicho:

«Vosotros no sois mi pueblo», se le dirá un día: «Vosotros sois los hijos del Dios vivo» (Os. 1 10). Después de haber quedado durante largo tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, los hijos de Israel buscarán al Señor su Dios; y eso se hará sobre el fin de los tiempos (Os. 3 4-5).

Veamos, pues, la doctrina de la Iglesia sobre este grandísimo acontecimiento. La explica San Pablo en su Epístola a los Romanos, capítulos 9 a 11, en los que se plantea, al exponer la justicia de Dios que viene por el Evangelio, cuál es la suerte del pueblo judío frente a esta justicia de Dios.

1º La reprobación del pueblo judío no fue universal.

San Pablo, al tocar este tema, empieza señalando que *no todo Israel fue reprobado, puesto que muchísimos judíos se convirtieron a la fe*. Así nos lo enseña el libro de los Hechos de los Apóstoles: que no sólo los judíos de Jerusalén –los cuales formaron la primera Iglesia de dicha ciudad–, sino también los de otras comarcas –a las que llevaron la fe–, se convirtieron a la fe católica el día de Pentecostés; y en los tiempos sucesivos, vemos cómo los judíos siguieron convirtiéndose por el ministerio de los Apóstoles: • Jerusalén misma, en el segundo sermón de San Pedro; • Judea, por el ministerio de San Mateo; • Samaria, por la acción del diácono San Felipe; • otras comarcas, especialmente después de que se dispersaran los primeros judíos convertidos, por causa de la primera persecución contra la Iglesia.

Sí, no todo Israel ha sido reprobado, sino sólo algunos, aunque muy representativos, del pueblo judío –por ser sus autoridades máximas–, con otros muchos que lo siguieron. Lo que pasa es que, como los judíos convertidos se asimilaron al pueblo cristiano, ya no se distinguieron del resto del pueblo fiel como judíos; y los que luego siguieron distinguiéndose como judíos, fue por haber sido incrédulos, por no haberse convertido a la fe.

2º La reprobación del pueblo judío tuvo una razón providencial.

Lo segundo que enseña San Pablo es que *si Dios permitió la infidelidad de su pueblo, fue con miras a la conversión de los gentiles*. Es para nosotros un misterio saber por qué Dios, para pasar la antorcha de la fe a los gentiles, tenía que permitir la reprobación del pueblo judío –aunque San Pablo levanta en parte ese velo–. Pero el caso es que así había sido anunciado ya en el Antiguo Testamento: que el Mesías lo sería sobre todo de los gentiles, pareciendo quedar excluido del reino mesiánico el que en realidad había sido su primer destinatario, el pueblo judío como tal.

Así, por ejemplo, Dios Padre le dice a su Hijo en el Salmo 2: «Pídeme, y te daré como herencia las gentes, y como tu posesión los confines de la tierra». El anciano Simeón, al ver a Nuestro Señor, lanza esa célebre profecía: «Han visto mis ojos a tu Salvador,

que será [primero] luz para revelación de los gentiles, y [sólo al fin] gloria de tu pueblo de Israel».

San Pablo, como decíamos, levanta un poco el velo de esta actitud de la providencia. ¿Por qué Dios procede así? Para tener misericordia de todos sin excepción, y que nadie pueda vanagloriarse delante de Dios. Así Dios –explica el Apóstol–, en el Antiguo Testamento tuvo misericordia del pueblo judío, mientras que pareció excluir de la revelación a toda la gentilidad. En el Nuevo Testamento, la conducta de Dios se invierte: permite la caída de su pueblo, y da notablemente preferencia a los pueblos gentílicos, que se convierten a la fe de manera inesperada y casi en su totalidad –lo cual debía ser una señal grande para los judíos: San Pablo dice que de este modo Dios quería meterle celos a su pueblo, a fin de instigarlo a convertirse–.

3º La reprobación de los judíos no fue definitiva.

El tercer punto que explica San Pablo es que *el pueblo judío no quedó reprobado definitiva y perpetuamente, sino sólo por un tiempo*, hasta que se cumplan los tiempos de las naciones. Tenía que llegar un tiempo, al que San Pablo en otro lugar llama el de *la gran apostasía*, en que los pueblos gentílicos, después de recibir la luz de la fe, la rechazarían en masa; y entonces pasaría lo que pasó con el pueblo judío: que rechazando las gentes la luz de la fe, el Señor volvería la antorcha de la revelación al pueblo judío.

Pero el plan de Dios tiene más matices. Dice San Pablo que, para que nadie pueda engreírse ante Dios, y todos reconozcan que los dones de Dios son efecto de su misericordia, y no de los méritos de los pueblos, Dios decidió englobar a todos bajo una misma prevaricación y condenación. El pueblo judío fue infiel al final del Antiguo Testamento y comienzo del Nuevo; el pueblo gentílico se hará reo del mismo pecado al final de su tiempo, *el tiempo de las naciones*; y entonces, convencidos ambos del mismo pecado, tendrá Dios misericordia de ambos.

Ni el judío puede jactarse ante el gentil, pues rechazó a su Mesías; ni el gentil puede hacerlo ante el judío, pues cometió el mismo pecado que el judío. Que el judío no considere al gentil digno de eterna condenación, pues Dios debía tener misericordia de los gentiles; mas que tampoco el gentil considere al judío eternamente reprobado, pues Dios tendrá piedad de él al final de los tiempos. Y todo ello, para que ninguna carne se envalentone ni se infle delante de Dios.

4º ¿Y mientras tanto?

Es indudable que, antes de que suceda este acontecimiento, el pueblo judío habrá sido el principal instrumento de la Contra-Iglesia, del Misterio de Iniquidad. Es más, según la predicción de Nuestro Señor, los judíos en su mayor parte acogerán como mesías al Anticristo, haciéndole cortejo, y le someterán el mundo por la mala prensa y la alta finanza.

Pero San Gregorio declara con gran lucidez que, ya desde el tiempo previo a la venida del hijo del pecado, se formará entre los judíos una corriente de adhesión a la Iglesia. El santo Papa distingue de antemano las fases del gran acontecimiento que nos ocupa: escisión del pueblo judío en dos partes, opresión de los convertidos por parte de los impenitentes, y conversión total de Israel por obra de Elías; asegura también que esta vuelta definitiva de los restos de Israel tendrá lugar bajo los mismos ojos del Anticristo, y que el furor de su persecución recaerá principalmente sobre esos judíos convertidos, cuya constancia en soportar ultrajes y tormentos por el nombre de Jesús nadie igualará.

Si la Iglesia goza de semejantes consuelos en el mismo ardor de la persecución, ¡qué será a la hora del triunfo! San Pablo se extasía ante las grandes cosas que resultarán de la conversión de este pueblo: «*Si la caída de los judíos ha sido la riqueza del mundo, y si su mengua ha sido la riqueza de los Gentiles, ¿cuánto más lo será su plenitud [su adhesión total]?... Si su repudio ha sido reconciliación del mundo, ¿qué será su acogida sino un retornar de muerte a vida?*» (Rom. **11** 12, 15).

Los judíos convertidos serán así los principales obreros del restablecimiento del reino de Dios, y pondrán al servicio de la Iglesia un ardor infatigable de proselitismo. Rejuvenecida por esta infusión de vida, la Iglesia saldrá de los aprietos de la persecución como de la piedra de un sepulcro, y tomará posesión del mundo con la majestad de una reina y la ternura de una madre.

Conclusión.

No, no podemos imaginarnos las alegrías de la Iglesia, cuando por fin abra su seno de madre a los hijos de Jacob. No podemos tampoco imaginarnos las lágrimas y los arrebatos de amor de éstos, cuando, después de desaparecer por fin el velo de sus ojos, reconozcan a su Jesús como Dios.

El pueblo judío, entrando en la Iglesia, es Esaú reconciliándose con Jacob. ¡Y con qué ternura! «Corriendo al encuentro de su hermano, Esaú lo abrazó, se echó sobre su cuello y lo besó, rompiendo ambos a llorar» (Gen. 33 4). Es sobre todo José reconocido por sus hermanos. En otro tiempo lo vendieron y lo crucificaron; mas una imperiosa necesidad de verdad y de amor los llevará a sus pies al fin de los tiempos. ¡Qué encuentro, qué espectáculo: Jesús, en todo el brillo de su poder, desvelando a los judíos los tesoros de su Corazón, y diciéndoles: «Yo soy José, yo soy ese Jesús, a quien vosotros vendisteis!» (Gen. 45 3).

Que en estos tiempos de apostasía de nuestras patrias, otrora católicas, nos aliente el saber que ha de llegar un tiempo en que Dios tenga finalmente misericordia de todos, gentiles y judíos. Pidamos que esos tiempos de Dios se aceleren y sus planes de paz se realicen pronto, poniendo un término a la cautividad de Jacob, entendida esta vez en su sentido completo, esto es, englobando a todos los fieles cristianos, gentiles y judíos.